

La *Bibliotheca Americana* de Alcedo

José de Onís

Tomado de *Hispanic American Historical Review*, vol. XXXI, núm. 1, febrero de 1951, pp. 530-541. Traducción de Arturo Soberón Mora.

Uno de los más valiosos e interesantes documentos resguardados en la Rich Collection de la Biblioteca Pública de Nueva York es el manuscrito conocido como *Bibliotheca Americana*, de Antonio de Alcedo y Bexarano.¹ Se trata de un catálogo de autores que escribieron sobre el hemisferio occidental en diferentes idiomas, con información relativa a sus vidas y a las obras escritas por cada uno de ellos. Este monumental trabajo, integrado por 936 folios, amén de su valor intrínseco, resulta de gran interés para nosotros en varios sentidos, debido a su relación con muchos de los conocidos intelectuales que, hacia finales del siglo XVIII y buena parte del XIX, sobresalieron en el estudio de temas hispanoamericanos. Estrechamente asociados con este aspecto se encuentran, sólo por mencionar a algunos de los más notables, los naturalistas Molina, Clavijero, Castro, Velasco, Iturri; los historiadores Irving, Prescott y Ticknor; los bibliógrafos y coleccionistas Ternaux, Kingsborough, Claverie, Brown Lenox, Sparks, Cornell y, sobre todo, Obadiah Rich, el gran bibliógrafo de la historia americana temprana, quien durante muchos años enlistó la *Bibliotheca* de Alcedo con el número uno en su colección de manuscritos. De hecho, sin temor a exagerar se puede afirmar que la *Bibliotheca Americana* es la piedra de arranque sobre la que se construyó una de las más conocidas bibliografías y colecciones bibliográficas en Estados Unidos.

Antonio de Alcedo y Bexarano nació en Quito en 1735, en el seno de una distinguida familia criolla.² Cuando comenzó a escribir la *Bibliotheca*, se desempeñaba como capitán de la armada española. Antes que él, su padre había sido un historiador de mérito —tanto así que fue conocido como el “oráculo de América”—, cuya opinión sobre asuntos americanos fue de gran aprecio en la corte española. Antonio usó libremente en su trabajo muchos de los manuscritos y documentos de su padre, al grado de que, en ocasiones, resulta imposible distinguir la aportación de uno u otro. Debido a esta ambigua situación, algunos investigadores han afirmado, como Bernard Moses, que Antonio aprovechó para sí mismo los materiales reunidos por el padre y estructuró y editó bajo su nombre el bien conocido *Diccionario*.³ Otros investigadores igualmente no distinguen uno de otro al mencionarlos.⁴ Uno reciente, sin notarlo, se confunde aún más al combinar los apellidos de los dos y llama a nuestro autor Antonio de Alcedo y Herrera, siendo que Herrera

En la Bibliotheca Americana Antonio proporciona un meticuloso relato de la aventurera existencia de su padre. Así, la historia de América transcurre ante nuestros ojos a través de una colorida procesión de piratas, obispos y diversidad de grupos étnicos.

corresponde al apellido de la abuela paterna.⁵ El apellido materno, que era el que se usaba enseguida del paterno según la costumbre española, fue Bexarano (María Lucía era el nombre de pila de su madre). Este error es comprensible si se considera que el trabajo de ambos personajes tuvo un tema central común, si bien debe decirse con toda justicia que Antonio le da a sus escritos un tono que lo diferencia de los elaborados por su padre. La *Bibliotheca Americana*, la última y más original de sus dos obras, posee el espíritu de una nueva época. Contiene igualmente una considerable información ampliamente beneficiada después de la muerte de su autor, como se puede apreciar por ejemplo en la importante y abundante bibliografía sobre América que produjeron los jesuitas expulsados.

Dionisio de Alcedo y Herrera, el padre, nació en 1690 en Madrid, y murió en 1776 después de una larga y atormentada existencia que abarcó dos épocas del todo diferentes en carácter: el último tramo de la Contrarreforma y el inicio del periodo comúnmente conocido como de la Ilustración. Quizá por ello el carácter mismo de don Dionisio fue una peculiar mezcla de adhesión a los valores españoles tradicionales y un indeclinable interés en descifrar la naturaleza de América. En este último aspecto Alcedo padre fue una suerte de precursor de los grandes historiadores y naturalistas que surgieron en la siguiente generación: Buffon, De Paw, Raynal, Marmontel, Robertson, Muñoz, La Condamine, Humboldt, Darwin y muchos otros, entre los que debe ser incluido su hijo Antonio.

En la *Bibliotheca Americana* Antonio proporciona un meticuloso relato de la aventurera existencia de su padre. Así, la historia de América transcurre ante nuestros ojos a través de una colorida procesión de piratas, obispos y diversidad de grupos étnicos.⁶

La imagen que ofrece Alcedo y Bexarano de su propia existencia es, en cambio, menos espectacular que la de su padre: se ajusta al modelo de vida apacible que caracterizó a los españoles del siglo XVIII, calma que sólo era alterada por viajes ocasionales entre España y América. Durante su infancia, la familia de Antonio se mudó de Quito a Madrid, pero regresó nuevamente a la primera siete años después, en 1742, cuando el rey nombró a su padre presidente de la Real Audiencia de Panamá y capitán general del reino de Tierra Firme. De esta forma, Antonio vivió la mayor parte de su niñez en Quito, en donde asistió al colegio de los jesuitas. Cuando cumplió los 17 años de edad su familia se mudó nuevamente a Madrid, donde ingresó como cadete en las guardias reales españolas y estudió en el Colegio Imperial, la institución más prestigiosa de su clase en aquella ciudad. Hacia 1760, Antonio ya era teniente segundo en las guardias reales. Siete años más tarde se trasladó a Francia a estudiar medicina en el colegio de Montpellier. En 1774 contrajo nupcias con la madrileña doña María Ignacia Codallos, dama de la corte del príncipe Carlos. Durante el sitio de Gibraltar lo encontramos ungido ya como capitán de granaderos, y hacia el final de esta campaña militar es promovido a coronel. El estallido de la revolución francesa lo sorprendió en la frontera franco-española, periodo en el que el rey lo nombra brigadier general y subsecuentemente gobernador militar del pueblo de Alciza, en la provincia de Valencia. Igualmente por esos años alcanza la distinción de mariscal y, en 1802, el

cargo de gobernador de la plaza de La Coruña, en Galicia. Para entonces, en 1784, la Real Academia de la Historia lo había elegido como uno de sus miembros honorarios.⁷

La fama de Alcedo está fincada en su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, publicado entre 1786 y 1789, una obra destinada a ser durante muchos años la enciclopedia mejor informada en asuntos relativos a la América española; tuvo también el privilegio de tratarse del primer trabajo escrito por un español-americano ampliamente estudiado en el ámbito de la entonces joven república de Estados Unidos de América. Los datos que proporciona la obra son inusualmente exactos para la época. Amén de la pormenorizada información geográfica, el *Diccionario* ofrece un extenso relato de la forma en que las colonias británicas del norte se convirtieron en una nación independiente. Dicha parte incluye el texto de la Proclamación de 1774 a los habitantes de Boston exhortándolos a tomar las armas en contra de la corona británica.⁸

Después del retorno de Fernando VII al trono de España en 1814, y con ello el restablecimiento del absolutismo, la obra de Alcedo se vio confinada en esta nación a una circulación reducida. La puntual y pormenorizada información contenida en el *Diccionario* provocó que las autoridades absolutistas miraran la obra con suspicacia, hecho que llevó al retiro de circulación de toda la edición. Sólo contados ejemplares escaparon a esta medida. G. A. Thompson, editor de la versión inglesa del *Diccionario*, afirmaba en 1815 que después de varias pesquisas había hallado un reducido número de ejemplares —no más de cuatro o cinco— en todo el Reino Unido. Posteriores esfuerzos por obtener un ejemplar en España o cualquier otra nación europea resultaron infructuosos, así se intentase por medios oficiales o a precios exorbitantes.⁹ Por otra parte, el *Diccionario* gozó de gran popularidad e influencia en los territorios americanos bajo dominio español. Años después de su publicación, Alcedo continuaba recibiendo correspondencia de todos los rincones de la América española de lectores que no dudaban en considerar su enciclopedia como un trabajo de gran patriotismo. El igualmente patriota mexicano José Servando Teresa de Mier conoció el *Diccionario* durante su exilio en España y lo mencionó con admiración en sus memorias.¹⁰ Francisco Iturri, uno de los jesuitas americanos exiliados en Roma, en una de sus cartas habla del efecto favorable que la obra tuvo en otros americanos con quienes mantenía correspondencia.¹¹ Miranda también consultó el *Diccionario* como una fuente de información para sus numerosas actividades políticas.¹²

En su forma actual, el *Diccionario* de Alcedo puede considerarse incompleto. Originalmente debía incluir una bibliografía de autores que habían escrito sobre América en diferentes idiomas, entre los que se encontraba el padre de Antonio —Dionisio—, quien escribió sobre Ecuador y Perú.¹³ Sin embargo, este apartado, que menciona en la introducción, no aparece en ninguna parte de la obra: se trata precisamente de la *Bibliotheca Americana*, el manuscrito del que nos ocupamos en el presente artículo.

La historia de la *Bibliotheca Americana* se parece mucho a la vida que solían tener personalidades de la época. Dio inicio durante la

Después del retorno de Fernando VII al trono de España en 1814, y con ello el restablecimiento del absolutismo, la obra de Alcedo se vio confinada en esta nación a una circulación reducida. La puntual y pormenorizada información contenida en el Diccionario provocó que las autoridades absolutistas miraran la obra con suspicacia, hecho que llevó al retiro de circulación de toda la edición.



Zaldumbide era de la opinión de que este primer manuscrito fue autógrafo. El recurso de dejar espacios en blanco, a la manera de un cuaderno de notas, para ser llenados con información posteriormente obtenida, difícilmente podría ser explicado tratándose del trabajo posterior de un copista.

primera mitad del siglo XVIII (1726-1740), cuando Dionisio de Alcedo y Herrera estuvo reuniendo materiales para dar forma a sus numerosos libros sobre América. Como en el caso del *Diccionario*, este segundo trabajo de Antonio fue una compilación de los papeles de su padre y documentos contemporáneos de diversa naturaleza. Alcedo y Bexarano probablemente concibió por vez primera la idea de hacer este libro hacia 1786, justo antes de la publicación del *Diccionario*. Es en la introducción de este último en donde Antonio menciona por primera vez el proyecto de la *Bibliotheca*:

...he suprimido al fin de cada artículo —señala Alcedo—, la cita del autor de donde he sacado lo principal de él por parecerme una repetición inútil y molesta, y más propio darlos por último tomo en una biblioteca de autores que han escrito sobre todas las materias de Indias, con un breve resumen de sus vidas, siguiendo el método del célebre don Nicolás Antonio; y por vía de apéndice al final de la obra, otro diccionario o lista alfabética de los nombres principales y voces extrañas de frutas, árboles, animales, etc...¹⁴

La *Bibliotheca*, sin embargo, nunca fue publicada; resulta dudoso que ésta ya se encontrase organizada en aquellos tempranos años.

El primer manuscrito que conocemos es de 1791. Se trata de un ejemplar que poseyó hacia 1861 Claveri de Casone en París¹⁵ y que actualmente forma parte de la “Colección Angrad” de la *Bibliothèque Nationale* de esa misma ciudad.¹⁶ El crítico ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide lo vio durante su viaje a París en 1920 y escribió un breve artículo titulado “El diccionario inédito de Alcedo”, en el que proporciona una excelente descripción del manuscrito; dice Zaldumbide:

El ejemplar que se halla en la *Bibliothèque Nationale* parece ser el original, pulcramente copiado por el propio Alcedo cuando su trabajo estaba casi finalizado pero en espera de información adicional que le permitiese llenar los espacios que fue dejando en blanco en esta copia con dicho propósito. De este modo se aprecian nombres seguidos de unas pequeñas notas bibliográficas a las que les ha sido reservado un espacio más o menos irregular, de acuerdo con la información, escasa o abundante, que Alcedo esperaba encontrar de una u otra forma en relación con cada autor. De igual forma dejó ocho folios en blanco para un prólogo que probablemente nunca escribió. Para agregar información en sitios en donde no se habían dejado espacios en blanco, Alcedo insertó folios extras.

Zaldumbide era de la opinión de que este primer manuscrito fue autógrafo. El recurso de dejar espacios en blanco, a la manera de un cuaderno de notas, para ser llenados con información posteriormente obtenida, difícilmente podría ser explicado tratándose del traba-

jo posterior de un copista. Además, Zaldumbide nos señala que la escritura de las correcciones al margen y en el interlineado, así como la de los textos adicionales, es idéntica a la del texto central,

...una letra que se fue haciendo cada vez más voluble conforme fue pasando el tiempo, en un proceso que probablemente continuó hasta su hora final. Esto puede deducirse a partir de las diferencias en la intensidad de la tinta y de la agitación en los trazos de la pluma, en donde se advierte ya una mano envejecida. Alcedo bien pudo haber avanzado este trabajo de manera lenta, gradual, durante el tiempo en que se desempeñó como gobernador de la Provincia de Coruña, y continuarlo durante su retiro hasta el momento de su muerte.¹⁷

Dado lo anterior difícilmente puede considerarse el año de 1791 como el momento cuando el manuscrito fue completado, más bien corresponde a una fecha inmediata en el proceso de su composición. No olvidemos que buena parte de este material ya lo había obtenido Alcedo de su padre.

El manuscrito Rich, que es al que inicialmente hicimos alusión aquí, data de 1807. El hecho de que éste sea una copia más reciente, de ninguna manera lo hace inferior a la copia original. Por el contrario, posee la ventaja de ser más completa. Entre los años 1791 y 1807 Alcedo leyó los trabajos que publicaron los jesuitas expulsados y mantuvo correspondencia con personas de muy diversas latitudes. De acuerdo con sus propias palabras, recibió información de numerosas fuentes. Entre sus colaboradores Alcedo menciona a algunas de las más acreditadas autoridades americanas del momento: Molina, Castro, Clavijero, Velasco, Iturri, Coleti, Morse y otros.¹⁸ Las últimas adiciones están entre los más interesantes y valiosos materiales encontrados en la *Bibliotheca*.

La primera copia es un borrador; la segunda es la versión final, escrita cuando Alcedo supo que no tenía nada más que ofrecer y se preparaba para morir. En ese momento había concluido la introducción¹⁹ y había llenado la mayoría de los espacios en blanco. En algunos casos en que no le fue posible obtener mayor información acerca de un autor determinado, los eliminó por completo del texto. Su estilo no ha mejorado; cambia el orden de las cláusulas y agrega términos, esperando con ello mejorar el texto. Igualmente algunos de los detalles de los hechos narrados han sido cambiados. Por ejemplo, en un pasaje en el que Antonio describe cuando su padre es capturado por los piratas, el primer manuscrito nos dice que éste recibió dos heridas, pero en el segundo afirma que fueron tres. En el primero su padre muere a la edad de 85 años, en cambio en el segundo a los 86. En el manuscrito Rich rara vez aparecen correcciones al texto y muy pocas inserciones interlineales; de hecho sólo tres folios contienen adiciones al margen de cierta importancia.²⁰ En estos textos nuevamente nos topamos con los trazos temblorosos, rodeados de una pulcra y compacta escritura, que revelan la avanzada edad del autor.²¹

Obadiah Rich pensó que el manuscrito que poseía era el original y en sus catálogos sacó de ello el mayor provecho. Si acaso se enteró

La primera copia es un borrador; la segunda es la versión final, escrita cuando Alcedo supo que no tenía nada más que ofrecer y se preparaba para morir. En ese momento había concluido la introducción y había llenado la mayoría de los espacios en blanco. En algunos casos en que no le fue posible obtener mayor información acerca de un autor determinado, los eliminó por completo del texto.



Sería interesante saber por qué la Bibliotheca no fue publicada. En la introducción Alcedo habla como si su publicación fuese un hecho consumado. Naturalmente uno nunca puede tener la certeza de lo que hay en la mente de otras personas, aun con el apoyo de documentos históricos, sin embargo en este caso parecería que la publicación del manuscrito está en la mente del autor por encima de todo.

de la existencia del otro manuscrito de plano no lo mencionó. Junto a este ejemplar hubo, y todavía permanecen, seis cartas dirigidas a Alcedo que refuerzan la opinión de Rich. A todas luces se trataba del manuscrito final, listo para su publicación. Las cartas que abordaban temas afines serían incluidas como apéndice. Todo esto, naturalmente, no invalida el hecho de que existe, como hemos visto, un primer manuscrito igualmente original.

Sería interesante saber por qué la *Bibliotheca* no fue publicada. En la introducción Alcedo habla como si su publicación fuese un hecho consumado. Naturalmente uno nunca puede tener la certeza de lo que hay en la mente de otras personas, aun con el apoyo de documentos históricos, sin embargo en este caso parecería que la publicación del manuscrito está en la mente del autor por encima de todo. Si aceptamos esta premisa, podemos entonces asumir que la razón por la que nunca fue publicado estuvo fuera de su alcance. Especialmente, la impresión de un manuscrito de tal extensión era una empresa costosa. El *Diccionario* había sido publicado por suscripciones.²² Además, desde 1807 y durante los siguientes cinco años, que fueron los últimos con vida de Alcedo, España estuvo bajo la invasión napoleónica, hecho que dificultaba la publicación del texto. La aparición en este breve periodo de otros manuscritos importantes sobre temas similares pudo haber sido igualmente un serio obstáculo.²³ Además, Alcedo tuvo sus enemigos, como lo indica la posterior supresión del *Diccionario*. Seguramente la edición del mismo fue bien recibida en algunos círculos, pero paradójicamente ésta pudo ser al mismo tiempo una razón para su condena. La encendida polémica que surgió entre su amigo Francisco Iturri y el historiador oficial de España Juan Bautista Muñoz, relativa al carácter inherente de América, no dejaba dudas respecto a la posición que cada uno tenía al respecto. De acuerdo con Carbia, fue a causa de esta controversia por lo que Muñoz habría suspendido la publicación de su *Historia del Nuevo Mundo*.²⁴ Ello pudo haber contribuido a su muerte repentina.²⁵

Fue alrededor de ese periodo cuando Antonio de Uguina de Madrid formó su famosa colección de manuscritos. Ésta abarcaba prácticamente todo aquello que había sido de interés para la *Historia del Nuevo Mundo* de su amigo, Juan Bautista Muñoz.²⁶ Este prestigioso historiador consumió gran parte de su vida en el acopio de los materiales para una historia del descubrimiento y conquista de América, labor que logró llevar a cabo gracias al reconocimiento oficial que recibió su proyecto. Prescott, quien conoció bien a Muñoz, afirma que los archivos públicos y privados del Imperio le fueron abiertos sin reticencia. "El resultado fue una magnífica colección de manuscritos, muchos de los cuales él mismo transcribió pacientemente de su puño y letra."²⁷ Fue de la colección de Uguina de donde Navarrete obtuvo la mayoría de los materiales para su *Colección de viajes*. Con posterioridad a la muerte del coleccionista la casi totalidad de los manuscritos fueron adquiridos por M. Ternaux Compans de París, un conocido anticuario, quien eventualmente desempeñaría un importante papel en la historia de la *Bibliotheca*.²⁸

Alcedo murió en 1812 a la entrada edad de 67 años. Desconocemos la fecha de muerte de su esposa, pero considerando que las

mujeres españolas acostumbraban a desposarse jóvenes y que Alcedo lo hizo a la edad de 39 años, no se descarta la posibilidad de que su mujer le haya sobrevivido, quizás por 17 años, y que durante este tiempo hubiese mantenido íntegros los archivos del cónyuge. Ello podría explicar el paradero del manuscrito hacia 1830, año en el que Rich lo descubrió en una librería de Madrid. Thompson, el editor de la versión inglesa del *Diccionario*, publicado en 1815, no menciona la *Bibliotheca*.

Mientras tanto, en Estados Unidos, y por conducto de un grupo de autores talentosos, surgía un renovado interés por la historia de los años formativos de América. Algunos de ellos creían que el hemisferio occidental, norte y sur, tenía un destino común, y en consecuencia se abocaron a la reconstrucción de los orígenes de la civilización occidental en América. Su intención fue estudiar la sociedad que produjo el descubrimiento, el proceso de descubrimiento por sí mismo y las fases de la era colonial. De acuerdo con el espíritu de los tiempos, estos autores también creían que la llave para esos estudios se hallaba no en el continente mismo, sino en los archivos de España. Washington Irving, Prescott, Ticknor, Everett, Lowell, Motley, Bryant y Longfellow emergieron como dedicados estudiosos de temas españoles. Con este grupo la *Bibliotheca Americana* estaría cercanamente asociada.

El cónsul norteamericano en Madrid en aquellos años fue Alexander Everett de Boston. Se trataba de un historiador culto, quien había mostrado una abierta amistad hacia los españoles americanos durante su lucha por la independencia.²⁹ La estancia de Everett en Madrid formaba parte de los importantes requisitos que todo joven bostoniano se sentía obligado a cubrir como parte de su formación: un año de residencia en Europa.

Everett estuvo estrechamente vinculado con el bibliógrafo Obadiah Rich, personaje cuya trayectoria ha sido hasta hoy olvidada. No existe de él una bibliografía, por ejemplo, y poco es lo que se sabe de su personalidad y carácter, no obstante haber sido precursor de Sabin, Maggs y otros grandes bibliógrafos norteamericanos. Washington Irving lo describe en sus cartas como un ser honesto, "un hombre servicial y de buen corazón".³⁰ Rich había nacido en Massachusetts en el seno de una conocida familia, población en donde muy pronto se ganó una temprana reputación como bibliógrafo local. Sin embargo, no fue sino hasta su viaje a la ciudad de Valencia cuando su vocación quedó definida. Rich tuvo una desbordada pasión por los libros y manuscritos relativos a la historia temprana de América. Cuando fue enviado a Madrid como cónsul y más tarde como secretario de la representación norteamericana, pasaba la mayor parte de su tiempo libre recorriendo librerías, en donde obtuvo muchos de los libros y manuscritos que después dieron forma a la Rich Collection of Manuscripts on America, una de las más completas de su clase en el mundo. Los viajeros que visitaron su casa la describen más como un museo que como un hogar. Todo aquel que estuviese escribiendo sobre la historia temprana de América, no dejaba Madrid sin antes visitar la famosa colección de Rich.³¹

En 1828 Rich se mudó a Londres, en donde estableció su famosa tienda de libros raros.³² En aquellos años la demanda por documen-

Everett estuvo estrechamente vinculado con el bibliógrafo Obadiah Rich, personaje cuya trayectoria ha sido hasta hoy olvidada. No existe de él una bibliografía, por ejemplo, y poco es lo que se sabe de su personalidad y carácter, no obstante haber sido precursor de Sabin, Maggs y otros grandes bibliógrafos norteamericanos. Washington Irving lo describe en sus cartas como un ser honesto, "un hombre servicial y de buen corazón".



Fue en 1830, durante uno de esos viajes, cuando obtuvo la *Bibliotheca Americana de Alcedo*. Rich encontró el manuscrito en un puesto de libros durante la feria de Madrid; pagó veinte reales y un vellón, una suma insignificante cuando uno considera los fabulosos precios alcanzados años después por algunas de las copias posteriores del manuscrito. Por esos años, la reputación de Rich como bibliógrafo había crecido.

tos españoles se incrementó, razón por la cual el bibliógrafo y entonces comerciante regresaba periódicamente a la Península en busca de piezas que le solicitaban sus clientes. Fue en 1830, durante uno de esos viajes, cuando obtuvo la *Bibliotheca Americana* de Alcedo. Rich encontró el manuscrito en un puesto de libros durante la feria de Madrid;³³ pagó veinte reales y un vellón, una suma insignificante cuando uno considera los fabulosos precios alcanzados años después por algunas de las copias posteriores del manuscrito.³⁴

Por esos años, la reputación de Rich como bibliógrafo había crecido. Según Claude Bowers, embajador en Madrid en 1933, entre los papeles de Rich, durante largo tiempo ocultos en un almacén de la ciudad de Nueva York, se encontraba la correspondencia de algunos de los más famosos personajes de su época.³⁵ Sus dos mejores clientes fueron Prescott y Ticknor, quienes frecuentemente encomiaron su desinteresada cooperación. En la mayoría de las ocasiones, la selección de los libros adquiridos por ambos fue dejada a la consideración del bibliógrafo. Se sabe que le fue confiada a Rich la adquisición de los libros españoles para el Ateneo de Boston,³⁶ responsabilidad en la que la *Bibliotheca* —una de las más completas bibliografías de su clase— debió haber sido un factor determinante.³⁷

Hubo otros coleccionistas rivales. Los más conocidos fueron lord Kingsborough, Ternaux, Bartlett y Gayangos.³⁸ El primero de ellos, Kingsborough, era poseedor de una importante colección de libros y manuscritos que fue ofrecida en subasta pública en 1841, a cuatro años de su muerte. Rich asistió a esta venta y adquirió numerosas piezas, entre las que se encontraban una importante sección de manuscritos relativos a Perú. Sin dudarlo, el bibliógrafo envió los documentos peruanos a Prescott, quien los adquirió y llegó a considerar entre sus más valiosos manuscritos.³⁹ La copia de la *Bibliotheca Americana* que poseía Kingsborough —actualmente en la Biblioteca John Carter Brown y mencionada equivocadamente en la bibliografía de Sabin—⁴⁰ fue probablemente puesta a la venta en esta época o poco después.⁴¹ Si acaso esto fue así, por conducto de esta venta Rich pudo haber tenido noticia del manuscrito de 1791.

No fue una mera coincidencia que en 1843, sólo dos años después de la venta de los manuscritos de Kingsborough, Rich hubiese reproducido y vendido su copia de la *Bibliotheca* a Jared Sparks.⁴² La viuda de éste, Mary C. Sparks, relata que el documento se obtuvo a un costo que fácilmente excedía el pagado por cualquier otro de los vendidos a la Biblioteca de Harvard.⁴³ Este cuarto manuscrito es el que fue incluido en la adquisición de la biblioteca de Sparks por Ezra Cornell y cedido posteriormente a la Universidad de Cornell, en donde actualmente se conserva.

Afortunadamente para nosotros, Rich acostumbraba publicar catálogos de venta de su colección. Esos listados nos permiten enterarnos actualmente del movimiento que tenían sus libros y manuscritos. En 1844, por ejemplo, publicó la *Bibliotheca Americana Nova*. En este catálogo el Alcedo está señalado como la pieza número 42. Sólo un año después Rich había dado la *Bibliotheca* en intercambio por otros libros a M. Ternaux Compans de París, coleccionista muy conocido por sus excelentes versiones al francés de los manuscritos Muñoz.⁴⁴

Ese mismo año arribó a Londres Henry Stevens, un joven graduado de Harvard quien había sido comisionado por algunos hombres acaudalados de Estados Unidos para buscar en el mercado londinense las rarezas americanas. Entre sus patrocinadores se hallaban John Carter Brown, de Providence, el gobernador Slade de Vermont y J.R. Broadhead, de Nueva York. John Spencer Bassett afirma en su *The Middle Group of American Historians* que antes de este período Obadiah Rich había vendido la mayor parte de los libros solicitados por norteamericanos, pero después de la llegada de Stevens las cosas cambiaron:

Stevens hurgó en las librerías de Londres, visitó a los libreros de las afueras de la ciudad y finalmente conoció a Panizzi, responsable del Museo Británico, a quien Stevens impresionó tanto que obtuvo de aquél una orden para adquirir para la institución libros sobre América. El encargo no tenía límite de gastos, y ello incluía autorización para acceder a todas las áreas del museo. Rich fue completamente opacado por el joven norteamericano, quien además hizo caer en la desesperación a otros libreros.⁴⁵

El coleccionista Bartlett de Nueva York escribió a su colega Peter Force que Stevens se había convertido en el gran monopolista de libros americanos en Londres, adquiriendo no sólo todo lo valioso, sino alterando con ello las operaciones de todos los libreros de prestigio.⁴⁶

Deslumbrado por el éxito de Stevens, Rich se aventuró al mayor negocio de su carrera. Compró de nuevo a M. Ternaux Compans la *Bibliotheca Americana* y la mayoría de sus manuscritos españoles. La colección Ternaux, como se mencionó, incluía gran parte de los manuscritos reunidos por Juan Bautista Muñoz y Antonio de Uguina. A estos materiales Rich agregó los manuscritos que antes había despreciado en la venta de lord Kingsborough, así como algunas otras piezas obtenidas por él mismo en España. Es así como tenemos noticia por vez primera de la forma en que la Colección Rich queda estructurada tal y como la conocemos hoy en día. En aquel año de 1848, los 142 volúmenes que la componían fueron vendidos al señor Lenox, quien los donó a la Biblioteca Pública de Nueva York, institución que actualmente los resguarda bajo el título: "Rich Collection of Manuscripts on América."

De esta forma concluye la azarosa historia de una gran obra, que concierne no sólo a un manuscrito sino a cuatro. Aparentemente los dos primeros, las versiones de 1791 y la de 1807, son autógrafos, mientras que los restantes son copias. El manuscrito Kingsborough, actualmente en la Colección John Carter Brown, es muy probablemente una copia de la primera versión fechada. El manuscrito Sparks, propiedad de la Biblioteca Cornell, fue copiado de la segunda versión, el manuscrito Rich.

La *Bibliotheca Americana* de Alcedo y Obadiah Rich, el bibliófilo, son inseparables; es imposible hablar de uno sin mencionar al otro. Este gran coleccionista norteamericano acumuló, a lo largo de su vida, una gran cantidad de manuscritos de diferentes orígenes y

Aparentemente los dos primeros, las versiones de 1791 y la de 1807, son autógrafos, mientras que los restantes son copias. El manuscrito Kingsborough, actualmente en la Colección John Carter Brown, es muy probablemente una copia de la primera versión fechada. El manuscrito Sparks, propiedad de la Biblioteca Cornell, fue copiado de la segunda versión, el manuscrito Rich.



del más variado y relevante carácter. Su colección —constituida en su mayor parte por correspondencia, concesiones reales, archivos municipales, reales cédulas, diarios y memorias personales, originales y copias de libros conocidos— es comparable a cualquiera de su clase en el mundo. La pieza documental número uno —la gran obra de Alcedo, un manuscrito que no ha tenido la suerte de ser editado—, es en sí mismo un universo del conocimiento y pensamiento americanos, un documento al que con justicia podemos llamar una *Bibliotheca Americana*.

Notas

¹ *Bibliotheca Americana. Catálogo de los autores que han escrito de la América en diferentes idiomas, y noticia de su vida y patria, años en que vivieron, i obras que escribieron, compuesta por El Mariscal de Campo D. Antonio de Alcedo, Gobernador de la Plaza de la Coruña. Año de 1807.* Acompañan al documento seis cartas originales dirigidas al autor. Alcedo por lo general se refería a su trabajo como *Bibliotheca Americana*, título que él dio a su primer manuscrito (1791).

² José Toribio Medina, *Biblioteca hispano-americana (1493-1810)*, 7 vols., Santiago de Chile, 1898-1907, vol. V, p. 221.

³ Bernard Moses, *Spanish Colonial Literature in South America*, Nueva York, 1922, p. 115.

⁴ J. Fred Rippey, *Historical Evolution of Hispanic America*, Nueva York, 1943, p. 113.

⁵ Véase "Research in Progress, 1949", *Publications of the Modern Language Association of America*, LXIV, núm. 2, p. 225. El profesor Ernest R. Moore, ante miembros de la Academia de la Historia Ecuatoriana, anunció la preparación de "una edición anotada del manuscrito *Bibliotheca Americana* (1800), de Antonio de Alcedo y Herrera". El profesor Moore debió haber tomado el nombre del autor de la *Enciclopedia universal ilustrada europea-americana*, 70 vols., Barcelona, 1907-1930, vol. IV, p. 266, fuente que incurre en el mismo error. Ignoramos de dónde tomó la fecha de 1800.

⁶ *Bibliotheca Americana*, ff. 30-36.

⁷ "Se halla siendo Primer Teniente de granaderos en el Bloqueo y Sitio de la Plaza de Gibraltar desde el principio hasta el fin que se hizo la paz y fue premiado con el grado de coronel; ascendió a capitán el año de 1784, en que lo nombró la Real Academia de la Historia por uno de sus individuos..." *Ibid.*, ff. 29-30.

⁸ Antonio de Alcedo y Bexarano, *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, Madrid, 1788-1789, vol. II, pp. 104-105.

⁹ G.A. Thompson, *The Geographical and Historical Dictionary of America and the West Indies*, 5 vols., Londres, 1812-1815, vol. V, p. vii.

¹⁰ Referencia citada por Felipe Teixidor, *Viajeros mexicanos*, México, 1939, p. 27.

¹¹ Francisco Iturri a Antonio de Alcedo, Roma, 11 de marzo de 1789, "Rich Collection", New York Public Library.

¹² V. Dávila (ed.), *Archivo del General Miranda*, 15 vols., Caracas, 1929-1938, vol. XV, pp. 187-194, 404.

¹³ En la *Bibliotheca Americana*, Alcedo ofrece la bibliografía de su padre, ff. 32-36.

¹⁴ Antonio de Alcedo y Bexarano, *Diccionario geográfico-histórico...*, vol. 1, pp. vii-ix.

¹⁵ “En el catálogo Cleverie de Cassoni, París, 1861, figura un manuscrito muy curioso de nuestro autor; *Bibliotheca Americana*: catálogo de autores que han escrito en diferentes idiomas y noticia de su vida, patria y años que florecieron, y obras que dejaron escritas. 1791, 2 vols., Antonio Palau Dulcet, *Manual del librero hispanoamericano*, 7 vols., Barcelona, 1923-1927, vol. I, pp. 37-38.

¹⁶ Waldo G. Leland, *Guide to Materials for American History in the Archives of Paris*, 2 vols., Washington, 1932, vol. I, p. 220.

¹⁷ En su artículo Zaldumbide cita en forma extensa aquellos pasajes de la *Bibliotheca* que hacen referencia a los autores ecuatorianos, incluidos Alcedo y su padre, si bien parece no haber estado muy enterado de los antecedentes del manuscrito. En un lugar Zaldumbide se plantea: “Este ejemplar, que reputo por autógrafo, ¿es el tenido por original, que perteneció al librero Rich, erudito inglés, autor de una bibliografía del siglo XVIII?”; Gonzalo Zaldumbide, “Diccionario inédito de Alcedo”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Quito, 1921, vol. II, pp. 71-93.

¹⁸ *Bibliotheca Americana*, f. 6.

¹⁹ Siete folios.

²⁰ *Ibid.*, ff. 77, 78, 79.

²¹ El escudo de armas de James Lenox, fechado en 1870, aparece en una de las cubiertas. Se aprecia igualmente una nota anexa, firmada por Víctor Palsits y fechada el 7 de agosto de 1942, asentando que éste es el manuscrito original de Alcedo, adquirido por el señor James Lenox junto con la Colección Obadiah Rich, en la cual aparece con el número uno.

²² G. A. Thompson, *op. cit.*, vol. I, p. viii.

²³ Rafael Altamira y Crevea, *Historia de España y de la civilización española*, 5 vols., Barcelona, 1900-1930, vol. IV, pp. 374-376.

²⁴ Muñoz sólo publicó el primer volumen. Lo que estuvo terminado del segundo en el momento de su muerte es ahora parte de la “Rich Collection” en la Biblioteca Pública de Nueva York. “Muñoz (Juan Bautista). *Historia del Nuevo Mundo*, tomo 2. Es cuanto deja escrito de esta obra (1800?) 67 f. y veinte notas suplementarias, correcciones y documentos ilustrativos.” Hay también en esta colección un índice de los manuscritos usados por Muñoz hasta el momento de su muerte.

²⁵ V. Carbia, *La crónica oficial de las Indias Occidentales*, La Plata, 1934, p. 264. Muñoz murió de apoplejía en este periodo.

²⁶ “Manuscript Collections in the New York Public Library”, *Bulletin of the New York Public Library*, 1901, vol. V, pp. 306-307.

²⁷ William H. Prescott, *History of the Conquest of Peru*, Nueva York, 1847, p. iii.

²⁸ *Ibid.*, pp. iv-v.

²⁹ Everett es el autor de *America, or a General Survey of the Political Situation of the Several Powers of the Western Continent, with Conjectures on their Future Prospects. By a Citizen of the United States*, 1828. Una traducción al español de este trabajo parece haber sido impresa en Northampton, Mass., el mismo año.

³⁰ Stanly T. Williams, *The Life of Washington Irving*, 2 vols., Nueva York, 1935, vol. I, p. 304.

³¹ Cuando Irving se trasladó a España, vivió en la casa de Obadiah Rich, y fue al curiosear en los manuscritos del coleccionista cuando concibió el proyecto de escribir una biografía de Cristóbal Colón.

³² José de Onís, “Valentin de Foronda’s Memoir on the United States of North America, 1804”, *The Americas*, 1948, vol. IV, pp. 351-352.

³³ El dato proviene de una nota ubicada en el último folio de la *Bibliotheca*, titulado: “15 John Street, Gravesend, Mayo 7, 1848, O.R.”

³⁴ Irving estuvo todo el año siguiente en Londres, donde ya consultó la *Bibliotheca*.



³⁵ Claude G. Bowers, *The Spanish Adventure of Washington Irving*, Boston, 1940, pp. 9-10.

³⁶ Edith F. Helman, "Early Interest in Spain in New England (1815-1835)", *Hispania*, agosto, 1946, p. 341.

³⁷ Cuando Rich recibía el pedido de un libro desconocido para él, lo primero que hacía era revisar su mención en los folios de la *Bibliotheca*. Lo mismo hacía cuando le era confiada la tarea de obtener materiales sobre un tema específico. Esto se deduce de una nota de puño y letra de Rich existente en el folio 273 del manuscrito, relativa al padre Juan Tobar, quien escribió sobre México.

³⁸ Don Pascual de Gayangos, conocido historiador y crítico literario español, poseyó muchos de los libros que ahora forman parte de la Ticknor Collection, en la Biblioteca Pública de Boston. Tradujo igualmente la obra de Ticknor, *Historia de la literatura española, traducida al castellano, con adiciones y notas críticas, por D. Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia*, Madrid, 1851-1856. Su colección de manuscritos, actualmente resguardados en la Biblioteca Nacional de Madrid, representa uno de los ejemplos más completos de cultura española que existen. Véase el *Catálogo de los manuscritos que pertenecieron a D. Pascual de Gayangos*, Pedro Roca, ed., Madrid, 1904. Gayangos estuvo en Londres por estos años e igualmente adquirió libros relativos a España.

³⁹ Prescott, *op. cit.*, p. v.

⁴⁰ Joseph Sabin, *Bibliotheca Americana. A Dictionary of Books Relating to America, from its Discovery to the Present Time. Begun by Joseph Sabin, Continued by Wilberforce Eames and Completed by R. W. G. Vail for the Bibliographical Society of America...*, 29 vols., Nueva York, 1868-1936, vol. I, p. 83.

⁴¹ El manuscrito de la John Carter Brown, escrito con una letra elegante de principios del siglo XIX, fue elaborado muy probablemente teniendo a la vista el ejemplar de la Bibliothèque Nationale. La copia fue mandada encuadernar a Hering por Lord Kingsborough y luce las armas de éste en la primera y cuarta de forros en los dos volúmenes que la forman. En la John Carter Brown no existe fecha de su adquisición, pero ésta debe haber ocurrido entre mediados de 1841, fecha de la venta de Kingsborough, y 1868, año en que es mencionada por vez primera por Sabin. La John Carter Brown nunca poseyó la copia Rich del Alcedo.

⁴² *Catalogue of the Library of Jared Sparks*, Cambridge, 1871, p. 111, item 1635.

⁴³ *Ibid.*, p. 4.

⁴⁴ Anotado por Rich en los últimos folios de la *Bibliotheca*.

⁴⁵ John Spencer Bassett, *The Middle Group of American Historians*, p. 287.

⁴⁶ *Ibid.*



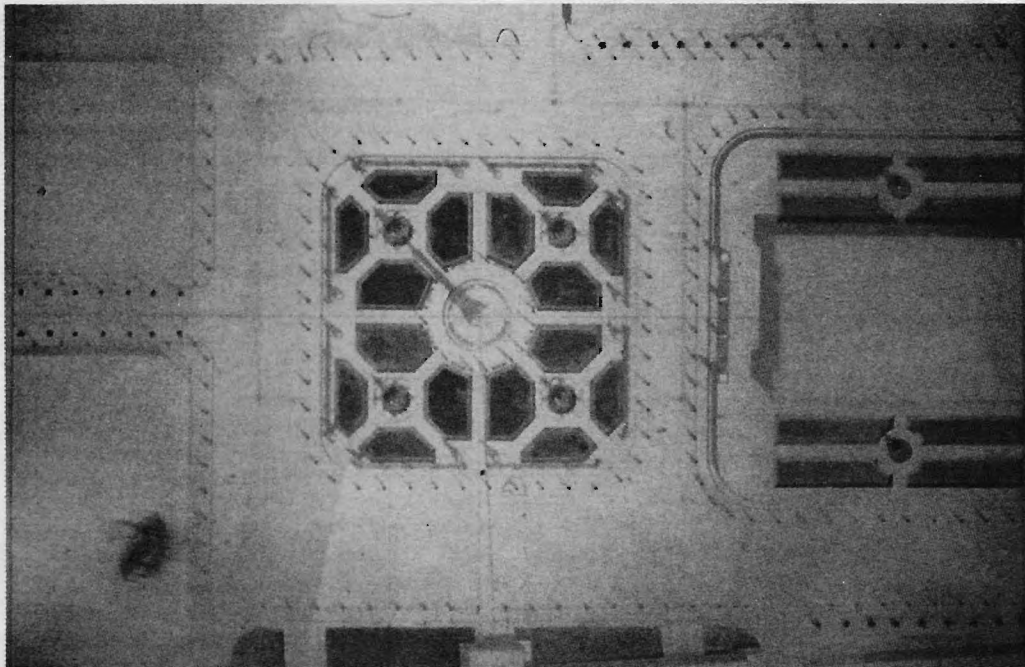
2. Luis Coto (1830-1891), *La fundación de México*, 1864, óleo sobre tela, Castillo de Artstetten.



3. José María Velasco (1840-1912), *La caza*, 1865, óleo sobre tela, Museo Nacional de Arte.



4. Carta General del Imperio, *La ciudad de México*, litografía y pluma, Mapoteca Orozco y Berra, SAGAR.



5. Ramón Rodríguez Arangoity (1830-1882), *Proyecto de reformas para la plaza de armas de la ciudad de México*, 1866, tinta y acuarela sobre papel, Mapoteca Orozco y Berra, SAGAR.